

Autismo con Amor

Verónica Dorante



Luis
Felipe
Capriles
EDITOR

Agradecimientos

Gratitud divina a Dios, por convertirme en su instrumento.

A Tommy, por ser el maestro que no esperaba, por enseñarme la autenticidad, y obligarme a trascender lo evidente.

A Fernanda y Amaia, mis hijas, quienes, junto a su hermano, son el propósito y la mayor inspiración de mi vida.

A José Tomás, mi esposo. Gracias por no solo acompañarme, sino por creer en mí antes de que yo misma pudiera verme.

A mis amigas, gracias, porque sin saberlo me impulsaron a no detenerme.

A ti, Gracias por la valentía de amar a pulso. Por convertir cada pequeño logro en una fiesta del alma. Tu resiliencia humaniza este mundo. No estás sola, estamos unidas en este aprendizaje de amar con el corazón abierto.

Presentación

Desde el primer momento en que la autora de este libro nos contactó, con la idea de publicar la experiencia de vida que ha significado la presencia del autismo en su familia, supimos que sus líneas estarían plasmadas de intensos sentimientos.

También estábamos seguros que se tocaría una realidad que ha llegado a muchas otras familias, de distintas maneras y con distintos diagnósticos; y que al final dejarían un aprendizaje valiosísimo para padres, madres, maestros y o familiares que alguna vez se han topado con la bendición de un niño dotado de una condición especial.

Hay libros que se escriben con tinta y hay otros que, como éste, se escriben con lágrimas, incertidumbre, lucha y una fe inquebrantable.

Lo que leerás a continuación no es simplemente un relato sobre una condición especial, en este caso el autismo, sino que es la radiografía del alma de una madre y de una familia que tuvo que enfrentar un gran reto para entender que la vida a veces no es lo que se sueña, sino lo nuevo e inmenso que construyes principalmente con la determinación y con el Amor, rompiendo así barreras y prejuicios que te logran hacer crecer en una persona más fuerte y verdadera.

La historia de esta madre abnegada comienza en un consultorio donde se pronuncia el diagnóstico como algo frío y normal. La autora nos lleva de la mano a ese instante en que el

suelo desaparece, narrando con una honestidad brutal el dolor de despedirse del hijo idealizado para abrazar al hijo real.

En estas páginas se podrá conocer la realidad sin filtros. La autora, con un relato natural y auténtico, intenso y muy sentimental, nos lleva a querer leer el libro de un tirón.

Ella logra mostrar con un lenguaje perfecto la lucha diaria de convivir con un niño de una sensibilidad exquisita, casi de cristal, pero envuelto en comportamientos que desafían la paciencia y la lógica. Eso le da a estas páginas un marco único que encierra un amor extraordinario.

También en sus páginas se siente la tensión de las crisis y el peso del silencio, especialmente el del padre, esa figura que a menudo sostiene la estructura familiar mientras libra su propia batalla interna, callada y dolorosa.

Pero, sobre todo, este libro es un testimonio de transformación. La autora nos revela cómo, en medio del caos, descubrió que su hijo no era una carga, sino un maestro. Un don que Dios le entregó no para probar su resistencia, sino para expandir su capacidad de amar.

Esta obra es una ofrenda para todas las madres que caminan por senderos similares. Es un recordatorio de que, aunque el autismo impone limitaciones, el espíritu humano – y el amor de una madre – no conocen fronteras.

Aquí entraran consuelo, comprensión y la certeza de que, al final del día, este camino difícil es también una oportunidad sagrada para convertirse en la mejor versión de uno mismo.



*Hay quienes poseen la magia de habitar los
corazones ajenos con una sencillez admirable, tú
has dejado esa marca imborrable en el mío.*

Autismo con amor

La maternidad es, en esencia, un acto de amor incondicional, de entrega y de fortaleza. Pero ser la madre de un niño con autismo es una dimensión distinta de ese amor, una que se experimenta con el alma desnuda: se teje con lágrimas silenciosas, se ilumina con sonrisas que valen oro y se libra en batallas invisibles que solo nosotras conocemos.

Es la sensación constante de la incomprensión; es mantener la mirada firme y digna ante el juicio ajeno. Es asumir, a la vez, el rol de terapeuta, maestra, enfermera y refugio inquebrantable. Es mirar a tu hijo y comprender, con una certeza sagrada, que Dios te ha elegido para guiarlo en un mundo cuyas reglas solo tú y él logran descifrar.

Ser madre de un niño con Trastorno del Espectro Autista (TEA) es una escuela incesante de paciencia, fe y resiliencia. Es la lección más profunda de que el amor no requiere palabras para ser absoluto.

No cambiaría esta senda por ninguna otra. Porque, aunque sea ardua, esta maternidad es sagrada. Y porque mi hijo, con su manera única de existir, me ha revelado la forma más noble, pura y desinteresada del amor que un ser humano puede conocer.

El Espejo

No busco romantizar el diagnóstico del autismo ni disfrazar lo que muchas veces es una batalla silenciosa contra la incomprensión. No pretendo ignorar las noches de desvelo, las crisis que nos dejan el corazón en un hilo o la ansiedad constante por un futuro que no podemos predecir. Hay días de cansancio absoluto donde el amor se traduce en una guardia permanente. Sin embargo, aceptar la crudeza de esta realidad es precisamente lo que le da valor a nuestra lucha, porque educamos para la independencia en un terreno que no siempre es fértil, y eso es un acto de valentía, no de romanticismo.

Este libro no es un manual de instrucciones. No les dirá qué terapia deben seguir, qué dieta deben probar o qué palabras deben usar. No está aquí para resolver problemas, ni para darles una lista de tareas.

Este libro es un espejo, un espejo que les mostrará la belleza en un camino que tal vez no eligieron, pero que les fue confiado por Dios, un camino que, aunque a veces se siente solitario y lleno de desafíos, es en realidad un viaje sagrado.

Si estás buscando la paz, la gratitud y la bendición que hay en tu hogar, si quieres ver a tu hijo no como un desafío, sino como un milagro, entonces has llegado al lugar correcto.

Mi Universo

Tommy, mi gran universo de ojos pequeños y silencios largos, gobernado por la nobleza y la verdad sin filtros, es el lugar donde cada pequeño avance es una victoria inmensa. Soy la madre que habita en este mundo, una que conoce el miedo más profundo, pero que se aferra a la esperanza más luminosa. Soy la mujer que te hablará con una sonrisa, pero que conoce la soledad de las lágrimas que solo se permiten derramar en el silencio de la noche. Si me lees, ya sabes que ésta no es una historia de perfección, sino de una vulnerabilidad que se transforma, día a día, en una fuerza poderosa.

Confieso que, al ver a otros niños, he deseado que Tommy fuera como ellos. Solía sentirme mal y cargar con una culpa por ese sentimiento y ahora entiendo que mi dolor era absolutamente válido. El duelo por la vida que me imaginé para mi hijo es real; una emoción humana y natural que debo permitirme sentir, sin juzgarme.

El Diagnóstico

Tommy nació por cesárea, percentil 75, midió 50 cm, pesó 4,5 kg. Caminó a los diez meses, al año comía de todo y la felicidad era su idioma.

Cuando cumplió dos años, mi radar se encendió. Ese quiebre, ese clic instintivo que nos sucede a todas las madres, fue inmediato.

Aunque era mi primer hijo, la comparación con mis sobrinos y otros niños de su edad era inevitable. Una parte de mí sentía que había algo especial en él. Con apenas dos años, lo llevé a evaluar en una institución psicoeducativa. Me hicieron miles de preguntas y la mayoría de mis respuestas eran un rotundo no. Supe de inmediato que algo andaba mal.

El diagnóstico formal tardaría dos semanas, pero para mí eso era mucho tiempo. Una voz interior me gritó: no podemos esperar. Así que, al día siguiente, Tommy ya estaba en terapia, sin un papel oficial que lo justificara. Dos semanas después llegaron los resultados, donde decía claramente que necesitaba ir a distintas terapias todos los días.

Mientras vivía esa mezcla de angustia e hiperactividad, mi mamá me regaló una frase que se me quedó grabada para siempre: «no te preocupes, ocúpate». Esa frase cambió mi perspectiva. Me dio permiso para dejar de lado la culpa que me atormentaba. Pasaba días sintiéndome responsable por algo que pude haber hecho —o dejado de hacer— durante el embarazo. Cada psicólogo abría la sesión preguntando por traumas o el

desarrollo de la gestación, alimentando mi sentimiento de ser la causa.

A los cinco años, decidí llevarlo a una evaluación más profunda en un centro llamado Autismo en Voz Alta. Tras varios días de pruebas, nos entregaron el resultado definitivo: Tommy estaba dentro del espectro, nivel uno. Las palabras exactas que se quedaron conmigo para siempre fueron: «este es el diagnóstico que toda madre que viene aquí quiere oír. El autismo de Tommy es leve y, gracias a haberlo abordado desde los dos años de edad, le ha dado una enorme ventaja». La fe en mi instinto había valido la pena.

Este diagnóstico no fue una sentencia, sino una clave, que me abrió un nuevo mundo de entendimiento. Me permitió comprender por qué Tommy se comunica de una manera diferente; por qué le gustaban tanto ciertas cosas o por qué reaccionaba de cierta manera a los sonidos y texturas. No fue un «final», fue un «ahora entendemos».

El Duelo

Hoy me doy cuenta que atravese un duelo tras el diagnóstico de Tommy. No fue solo tristeza, fue un proceso natural de adaptación y, sobre todo, una respuesta a la dolorosa pérdida de expectativas y la necesidad de ajustar la visión que tenía de su futuro.

Mi duelo también se alimentó del miedo a lo desconocido. El autismo es una condición compleja y en ese momento me sentí completamente abrumada por la cantidad de información, terapias y las incontables decisiones que sabía debía tomar. A eso se sumaba la falta de comprensión y la estigmatización social, lo que a veces me hacía sentir increíblemente aislada y, lo confieso, hasta avergonzada. Esta capa extra de dolor y frustración solo intensificó mi experiencia.

Este proceso emocional, esta respuesta a una pérdida tan significativa, es lo que llamamos duelo. Aunque lo asociamos con la muerte de un ser querido, lo viví por una pérdida diferente pero no menos real. Fue un camino complejo que incluyó todas las etapas: la negación («esto no puede estar pasándonos»), el resentimiento por intentar cambiar la realidad, la tristeza profunda, hasta que, poco a poco, alcancé la aceptación.

Es vital recordarlo: el duelo es un proceso profundamente personal. No tiene una línea de tiempo fija. Lo he vivido a mi propio ritmo, con mis propias emociones, y si tú también estás en ese camino, quiero que sepas que está bien sentir cada una de esas etapas.

La Aceptación

Me tomó tiempo hablar abiertamente del autismo de Tommy, no quería compasión sino comprensión, la pregunta «¿por qué a mí?» fue una sombra que me perseguía, un eco de injusticia que no encontraba respuesta. Me sentía atrapada en un laberinto de culpas y dudas. Sin embargo, el día que logré cambiar esa pregunta por un «¿para qué a mí?», el panorama se aclaró de repente. Al dejar de buscar causas en el pasado y empezar a buscar propósitos en el presente, absolutamente todo cambió. Entendí que Tommy no era una carga ni un error del destino, sino un maestro enviado para revolucionar mi mundo y enseñarme una forma de amor que aún no conocía.

Una vez que acepté esta realidad, las metas dejaron de ser las mismas, pero la belleza de cada logro se volvió inmensa.

El autismo dejó de ser un diagnóstico para transformarse en el lente a través del cual proceso mi propia existencia. Se ha entrelazado con mi identidad y con la dinámica de nuestro hogar, alterando por completo mi forma de habitar el mundo, me ha otorgado un don inesperado, la capacidad de observar esos detalles minúsculos que para el resto pasan desapercibidos, haciéndome sentir profundamente bendecida por tener acceso a un mundo que pocos tienen el privilegio de conocer.

La Culpa

Al inicio, la idea de tomarme tiempo para mí era casi impensable. Con Tommy, sus terapias y la inmensa preocupación, me estaba sometiendo a un verdadero autocastigo. Sentía que mi vida «normal» se había acabado, que nunca volvería a salir con mis amigas o a viajar.

Caí de lleno en la trampa del sacrificio, la peligrosa creencia de que mientras más me agotaba, mejor madre era. Pasé a vivir por y para Tommy, en un ciclo constante de terapias, neurólogos e investigaciones nocturnas. No es casualidad que las estadísticas hablen de que las mamás de niños con TEA tienen mayor riesgo de depresión y ansiedad. Yo estaba ahí, sintiéndome víctima de las circunstancias.

La verdad llegó con un despertar crucial: «mamá feliz, hijo feliz». Entendí que mi agotamiento no ayudaba a Tommy, solo me hacía menos paciente y efectiva.

Comencé a hacer cosas por y para mí, lo confieso. Al principio la culpa era horrible, me sentía egoísta cuando me tomaba días libres o salía con mis amigas y he sido juzgada por eso. Pero cada vez que volvía, lo hacía renovada, con la paciencia recargada y lista para abrazar las terapias con nueva energía.

No dejes que la culpa te robe tu bienestar. Tomarte ese tiempo no es un lujo ni un escape; es un acto de responsabilidad con tu salud y con la capacidad de amar.

La culpa te paraliza, cada minuto que pasas preguntándote si eres la culpable, recuerda que:

- *Eres la guía.* Tu rol no es buscar culpables en el pasado, sino buscar soluciones y comprensión en el presente.
- *Transforma la culpa en compasión.* Compasión por tu hijo, que tiene una manera de procesar el mundo que a veces le resulta difícil y compasión por ti, que estás haciendo un trabajo extraordinario en circunstancias únicas.

La culpa no es más que una mentira disfrazada de amor. Creemos que, al castigarnos, estamos siendo mejores madres, pero en realidad, la culpa nos drena la energía que necesitamos para nuestro hijo. El autismo no es algo que hiciste; es alguien a quien amas. Tu único trabajo es soltar el «por qué» y abrazar el «para qué». Deja de buscar culpables y empieza a buscar soluciones, empatía y, sobre todo, paz en tu corazón. Eres la madre perfecta para el hijo que tienes.

La Selectividad

La singularidad de Tommy reside en su alta sensibilidad sensorial. Una cualidad que transforma lo cotidiano en una sinfonía o, a veces, en un estruendo. Para él, cada estímulo se siente a flor de piel: un sabor no es solo gusto, sino la textura granular de la sal; el roce de la ropa es un asalto constante a la piel; el ruido se multiplica y la luz del sol se convierte en un foco cegador. Lograr que tolerara las camisas de botones fue una pequeña batalla ganada, pero la adaptación sigue siendo un proceso lento. Lo que para otros es algo tan sencillo como comer cualquier cosa, para Tommy es una persistencia sensorial que requiere días. La selectividad alimentaria ha sido nuestro Everest. Aprendimos por ensayo y error, porque él necesita tiempo y anticipación para procesar absolutamente todo. Por eso, antes de cada viaje, Google Maps y las fotos se vuelven su ritual de calma, un modo de preparar y alimentar su cerebro antes de digerir la nueva realidad. Entenderlo no ha sido fácil, pero esta travesía nos ha redefinido como familia: somos más unidos, más humanos, donde cada pequeño avance es un logro y el error se convierte en una conversación abierta para mejorar y gestionar nuestras emociones juntos. Somos, sin duda, una familia única que encontró su forma de ser, porque recuerda que no a todos nos funcionan las mismas cosas. Es importante seguir nuestro corazón de mamá, esa intuición me ha llevado a cada terapia y a cada lugar que nos ha ayudado a avanzar a nuestro propio ritmo.



*Mi gratitud hacia ti nace de ver cómo tu fortaleza
se transformó en el impulso que necesitaba para no
rendirme, incluso cuando no sabías que te observaba.*

Faros de luz

Con el tiempo comencé a evitar a personas que juzgaban con la mirada; sentía una fuerte presión social. Mi esposo, aún en su fase de negación, me pedía que guardara silencio para evitar que «etiquetaran» a Tommy, mientras yo lo único que necesitaba era comprensión.

Esta nueva realidad nos enseñó a construir un escudo de amor a nuestro alrededor. Me aferre con todas mis fuerzas a las personas que son nuestro refugio, aquellos que, aunque no comprendan todos los matices del autismo de Tommy, lo ven como la persona extraordinaria que es. Son quienes lo incluyen y lo celebran sin cuestionar sus silencios. Son quienes nos recuerdan la verdadera definición de la aceptación incondicional, es como si el amor de Tommy nos hubiera dado un radar infalible para detectar personas increíbles.

La verdadera inclusión no nace de un manual de psicología ni de comprender cada detalle técnico del espectro, nace del corazón que sabe esperar. A veces, incluir es simplemente aprender a quedarse. Es entender que no siempre hacen falta palabras, explicaciones o preguntas incómodas, sino una presencia serena que valide la existencia del otro. Es sentarse en el suelo a compartir un silencio, respetar un tiempo distinto o sostener un espacio sin intentar cambiarlo. Porque cuando dejamos de buscar respuestas para empezar a ofrecer compañía, el amor se convierte en el único puente que necesitamos para estar realmente juntos.

Hay quienes, por el simple hecho de estar ahí, hacen del mundo un lugar mejor para vivir. Son esas almas raras y preciosas que no necesitan explicaciones, disfrutan genuinamente de tus alegrías, se emocionan con los avances de tus hijos y celebran cada una de sus pequeñas victorias como si fueran propias. Estas personas no juzgan la velocidad ni la forma en que tu familia avanza, solo ofrecen su cariño, su aceptación y la validación que necesitas. Rodearte de su energía positiva no es un lujo, es una necesidad para mantener la esperanza y recordar que, con el apoyo adecuado, la belleza de este camino brilla más fuerte.

La verdadera conexión

Es imposible redactar una guía universal sobre cómo «manejar» niños con TEA, pues esto ignora una verdad fundamental, son una huella dactilar, no existen dos perfiles iguales. Lo que funciona en mi hogar, no funcionará en el tuyo.

Se trata de aprender a escuchar a tu hijo, a observarlo y a entenderlo profundamente. Es dejar de buscar respuestas en manuales y empezar a encontrarlas en su mirada, en sus gestos, en sus acciones. La verdadera conexión nace cuando dejamos de imponer y comprendemos que desobedecer con conciencia no es rebeldía, sino una profunda fidelidad a uno mismo.

El autismo siempre se ve, no importa el nivel, que tu hijo hable, sonría, que se exprese. Muchas veces su mundo interior queda invisible para quien solo mira lo evidente, es ahí donde se siente la soledad, cuando te dicen que todo va a estar bien o no se le nota, solo tú sabes lo difícil que es sostenerlo todo en silencio.

La realidad sin filtro

Mientras veo crecer a Tommy, me invade una mezcla profunda de ansiedad y urgencia por influir en el mundo. Su naturaleza noble enciende en mí el anhelo de lograr algo grande. Una parte de mi corazón desea allanar su camino, amortiguar cada tropiezo. Mi ruego constante a Dios es simple: que lo guíe y rodee de seres increíbles, faros de luz que lo apoyen incondicionalmente y le hagan sentir profundamente amado. No le pido una multitud, sino las almas justas que lo valoren por la persona maravillosa que es.

Solo cuando sostenemos la mano de alguien que nos necesita, comprendemos lo peligroso que puede ser el mundo. El miedo deja de ser propio para convertirse en un instinto feroz de protección. Pero en ese camino de incertidumbres, he descubierto que no estamos solas. Amar también es sanar juntas, reconociendo en la otra el mismo cansancio y la misma esperanza. Se trata de acompañar con compasión, no desde la lástima, sino desde ese puente invisible que tendemos entre madres para recordarnos que, aunque el mundo sea difícil, nuestra unión lo hace un lugar más seguro.

La presión social

Desde que son bebés, la sociedad nos bombardea con una serie de hitos del desarrollo: a qué edad deben hablar, caminar, jugar con otros niños, etc. Estas expectativas, aunque a menudo inconscientes, se internalizan en los padres. Cuando un hijo no sigue este camino preestablecido, puede generar un choque profundo.

Nuestra sociedad impone una imagen tan idealizada del éxito que ésta ejerce una presión enorme. Muchas familias sienten la obligación de que su hijo «encaje», temiendo el juicio o el acoso escolar. Este deseo de «normalidad» puede hacer que sea difícil aceptar el autismo como una parte natural de la identidad de tu hijo.

En el mundo moderno, el éxito se mide por logros profesionales, riqueza o popularidad. El autismo desafía todas estas métricas. A través de ellos, aprendemos que el éxito puede ser algo tan simple como un momento de conexión, una sonrisa genuina o la alegría que se encuentra en un interés especial. Nos enseñan a valorar las pequeñas cosas y a encontrar la alegría en la pureza de la existencia; algo que a menudo olvidamos en nuestra prisa por «lograr» más. Nos hacen ver que la felicidad reside en la conexión auténtica y en ser fiel a uno mismo.

Es fundamental recordar esto: no todo lo que funciona en mi casa funcionará en la tuya. No hay una guía universal, porque cada niño autista es único y cada familia es un núcleo funcional que opera bajo sus propias reglas. El mayor acto de apoyo que podemos ofrecer, así como la forma más efectiva de ayudar a

otras familias, es simplemente ver y respetar esa dinámica única sin emitir juicios. Al dejar de juzgar cómo otra familia maneja sus desafíos, sus rutinas o sus victorias, ya estás contribuyendo a un mundo más amable. La aceptación genuina comienza cuando reconocemos y honramos que el amor y la crianza se ven diferentes en cada hogar.

El arte de renacer

Desde mi camino he cosechado aprendizajes profundos que han reescrito mi vida. El primero y más crucial fue entender que el camino hacia mi propia libertad comienza al asumir mi parte, sin esperar la validación ajena y aceptando que lo que funciona para mí no es una regla universal.

Este autodescubrimiento me liberó para dejar de juzgar y me enseñó el arte de renacer una y mil veces. Hoy, vivir con la certeza de que soy bendecida, no es solo una forma de tratarme a mí misma, sino la fuerza que transforma cada entrega, cada elección y mi propia esencia. Finalmente, comprendí que la crítica o el juicio de otros nunca hablan de mí, sino de ellos, mi única guía es seguir mi corazón y hacer lo que genuinamente me funciona.

No todos están equipados para comprender la magnitud de lo que vives. Aunque el mundo juzgue desde afuera, tu proceso es real y valioso, incluso si permanece invisible ante los ojos de quienes solo saben mirar la superficie.

Aquí termina la muestra.

Autismo con amor
Verónica Dorante

Pide tu ejemplar por WhatsApp: +58 424 136 7173
luisfelipecaprileseditor.com